

# NEW LEFT REVIEW 123

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2020

## ARTÍCULO

ROBERT BRENNER      Saqueo pantagruélico      7

## ENTREVISTA

ROBERTO SCHWARZ      Neoatraso en Brasil      29

## ARTÍCULOS

SHARAD LELE      Ecoestrategia desde el Sur global      43

MAO JIAN      Sobre la pestilencia y el amor      69

WOLFGANG STREECK      La segunda teoría de Engels      77

CARLO GINZBURG      Galileo y los censores      94

MONIQUE SICARD      Eutopía      115

FRANCIS MULHERN      En la contaduría académica      121

## CRÍTICA

LORNA FINLAYSON      ¿Las reglas del juego?      141

JULIAN STALLABRASS      Ironía error      151

ADRIAN GRAMA      Negt sin Kluge      159

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

MONIQUE SICARD

## EUTOPIÍA

UNA FRÍA MAÑANA de diciembre alrededor de un centenar de *gilets jaunes* se habían reunido en las proximidades de la *rue de la Loi* en Bruselas<sup>1</sup>. Bloqueados por la policía, gritaban «todos juntos, todos juntos...», mientras intentaban inútilmente avanzar hacia la glorieta Robert Schuman. El objetivo era acceder al edificio Berlaymont, el cruciforme bloque de oficinas sede de la Comisión Europea. No lo consiguieron. La caballería belga, en forma de policía montada, ya estaba en su puesto. No obstante, todo el mundo entendía la necesidad de apuntar a «Europa» antes de abuchear a los gobiernos nacionales. Ahí se dictan las instrucciones que nos mantienen en nuestro sitio. El Berlaymont, edificio inamovible, invencible, «frío como una directiva de la UE sobre pólizas de seguros», se encuentra en el corazón de lo que se conoce como el Barrio Europeo de la ciudad<sup>2</sup>. Se halla enfrente de la recién reformada sede del Consejo Europeo y del Consejo de Ministros, un gigantesco revoltijo de acero y cristal adosado a una fachada *art-déco* conocido como el edificio Europa, situado al otro lado de la *rue de la Loi*. (El nuevo y enorme cuartel general de la OTAN ocupa un antiguo aeropuerto ubicado cinco kilómetros al norte del mismo).

La glorieta Robert Schuman no se había elegido al azar. Una puerta de entrada a la ciudad que a través de la *rue de la Loi* enlaza la avenida de la Joyeuse Entrée con la *rue Royale*, la glorieta ha atraído desde tiempo atrás

---

<sup>1</sup> Publicado por primera vez como «Architectures Bruxelloises», *Medium*, núm. 58-59, 2019, resumido y traducido con el amable permiso de la autora

<sup>2</sup> Pascal Marie, «Parlement européen de Bruxelles: un nouveau caprice à un demi-milliard d'euros?», *Marianne*, 23 de junio de 2017.

las movilizaciones populares. Hace poco fue repintada por Greenpeace, que la transformó en un gigantesco sol que reivindicaba la energía solar. Pero ese toque de alegría no podía ocultar la infinita tristeza de la *rue* de la Loi. Ruidosa, hostil, agotadora, encajada entre edificios cerrados levantados en una hilera sin interrupciones, atraviesa el barrio con sus cuatro carriles y cuarenta mil coches diarios ante los ojos de sus espantados peatones. El propio Barrio Europeo, con su red de calles, parece un gigantesco juego de construcción consistente en apilar cubos de cemento y cristal. Diariamente veintisiete mil funcionarios de la UE se apresuran por sus calles. El distrito, limitado por parques, todavía es conocido por los ciudadanos locales como el rico barrio de Leopold, donde las mansiones cobijaban a las enormes fortunas coloniales procedentes de las minas congoleñas. Los ochenta y cinco bloques de oficinas en los que se elabora la política de la UE –junto a miles de prescripciones, normas, regulaciones y limitaciones técnicas– se levantan sobre sus escombros.

Sin embargo, siempre hay algo nuevo que demoler en el Barrio Europeo, ya que, como señala Ludovic Lamant en su interesante crítica de «Bruselas como espacio de construcción», las oficinas recientemente levantadas son prácticamente idénticas a las que han sido derribadas<sup>3</sup>. Las demoliciones despejan el terreno para nuevas oficinas y, para disgusto de sus habitantes, desde los distritos vecinos llegan nuevas autovías y carreteras de acceso. Bruselas no fue elegida desde un principio como la sede administrativa de la UE. Aunque las memorias de Jean Monnet recogen el sueño de unir todas las instituciones europeas en un único espacio urbano, en términos arquitectónicos Brasilia representaría mejor sus ideas. La capital belga llegó a asumir este sombrío estatus después de un proceso paulatino. La mayoría de los habitantes de Bruselas se muestran alérgicos al Barrio Europeo y rara vez lo visitan.

Curiosamente, las estructuras simbólicas son raras. Basta con dos docenas de banderas azules con estrellas doradas ondeando en la fachada del Berlaymont. Quizá el trágico destino del World Trade Center estableció un ejemplo negativo: la frialdad de los bloques de oficinas parece querer olvidarse de los símbolos para evitar aviones. Sin embargo, finalmente construir bloques de oficinas no fue suficiente. Las exigencias del transporte mensual de cuatro mil factótums europeos al Parlamento de Estrasburgo, situado 430 kilómetros al sudeste, consumía el 10 por 100 del presupuesto de la institución. Calladamente, en secreto (no había

---

<sup>3</sup>Ludovic Lamant, *Bruxelles chantiers, une critique architecturale de l'Europe*, Montréal, 2018.

que enojar a los franceses para quienes Estrasburgo era una cuestión de honor), empezaron los planes para la construcción de una gran cámara semicircular, que se hizo pasar por una sala de conferencias hasta el momento en que hubo que reconocer el proyecto. De esta manera, los funcionarios europeos fueron acabando con lo que quedaba del barrio de Leopold. Los anuncios de licitaciones eran nebulosos, las respuestas vacilantes, los desacuerdos frecuentes, la construcción se apresuró a toda velocidad. El Espacio Leopold fue inaugurado en 1993. La cámara de debate del Parlamento ocupó el edificio Paul-Henri Spaak, bautizado con el nombre del socialdemócrata belga (1899-1972) que fue secretario general de la OTAN durante cuatro años y primer ministro en varias ocasiones. El coste del nuevo parlamento –más de 300 millones de euros– y su forma oval, reminiscente de un famoso queso, le valió el inmediato apodo de «Caprice des dieux».

Las primeras grietas del edificio aparecieron en 2012, en el momento álgido de la crisis griega. Una inspección reveló defectos en tres vigas estructurales en la cámara de debates. En diciembre de 2016, cuando el complejo Europa, de escala realmente imperial, abrió sus puertas, los habitantes de Bruselas se enteraron de que estaban apareciendo grietas en nuevas zonas del edificio del Parlamento. Había problemas de hundimientos, humedad, aislamiento y seguridad. ¿Habría que demolerlo? ¿Repararlo? ¿Eran las agrietadas vigas el símbolo de una crisis política, de una ruptura fundamental entre el capital y el trabajo, del desequilibrio entre los derechos sociales y las leyes económicas? ¿Era plausible ver en ello el colapso físico y moral de la UE? ¿Podríamos esperar que las obras del edificio trajeran consigo la promesa de una renovación democrática, de un debate genuinamente paneuropeo?

### *Vistas desde Venecia*

Una visita a la Bienal de Arquitectura de Venecia, en los preciosos jardines abiertos al mar donde enormes y resplandecientes trasatlánticos navegan como ciudades flotantes, no deja de asombrarte. Hace un par de años, la edición de 2018 propuso el tema del «espacio libre», traducido al francés como *lieux infinis*: espacios infinitos o sin acabar. En el pabellón belga, cuatro arquitectos noveles asumían el proyecto de construir un barrio antieuropeo en el limitado espacio de que disponían, en cierto modo siguiendo el modelo de la torpe inserción de los edificios de la UE en el barrio de Leopold. Si los edificios Berlaymont y Europa resisten la

intervención popular, bloquean el diálogo y reprimen la reflexión crítica, los jóvenes arquitectos belgas pretendían utilizar la construcción y la ficción como herramientas para un análisis crítico del mundo contemporáneo, ofreciendo un terreno para la discusión.

Su *Eurotopía* se materializaba en un anfiteatro de concéntricos escalones o bancos circulares, todos ellos pintados de azul marino con paredes blancas que reflejaban un suave azul lácteo. Los visitantes tenían libertad para dispersarse por los escalones, sentarse, tumbarse, quedarse en el centro o encontrar un rincón a su gusto. El movimiento de los bancos en hilera crea una oda de doce tonos que evoca las veinticuatro lenguas oficiales que se traducen simultáneamente en las sesiones de la UE. Caluroso en verano, frío a mediados del otoño, el pabellón hace que sea difícil menospreciar el cambio climático. El azul no fue siempre el color favorito de Europa. Los antiguos griegos y romanos lo consideraban duro para la vista. Aunque en el siglo XI se había convertido en el color de la túnica de la Virgen, el color del poder, el del Papa y el Emperador, era el rojo. Sin embargo, poco a poco el azul se volvió real, el color de la soberanía. Ya era político cuando fue adoptado como el color emblemático del Parlamento de Estrasburgo y de la bandera europea, diseñada en 1955. A partir de entonces, el azul marino pasó a representar un valor supranacional.

Al proponer un espacio utópico para escuchar, reflexionar y discutir, los arquitectos de *Eurotopía* muestran la ausencia de estos valores en el corazón de las instituciones europeas. Para ellos, la arquitectura también es un proceso de desvelamiento de los funcionamientos defectuosos. Los visitantes del pabellón belga recibían un texto que relataba la iniciativa de los arquitectos en forma de un diario de viajes, al mismo tiempo que ofrecía una serie de perspectivas –algunas críticas, otras fantásticas– sobre el Barrio Europeo de Bruselas. Una de ellas, se presentaba como una historia que se desarrolla con el fondo de una guerra civil europea entre nacionalistas y federalistas. Una diputada recién elegida abandona su país y viaja a Bruselas, recorriendo un continente roto por la guerra, para llegar al Barrio Europeo que también ha sido parcialmente destruido. La diputada encuentra su oficina en la sexta planta del edificio Paul-Henri Spaak. Debidamente equipada con una audioguía se entera de las razones de la elección de Bruselas como corazón de la actividad política europea: la ciudad valoró adecuadamente de dónde soplaba el viento, anticipó las opciones y ofreció una ciudad barata y completamente equipada.

No se trata entonces de pensar en el Barrio Europeo como una isla, un mundo aparte, un universo cerrado, sino de entenderlo en su singularidad. La guerra civil da pie a una pregunta: ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Después de los sangrientos episodios que una vez más han sumido en el dolor al continente surgen dos posiciones. Algunos quieren defender Europa como era previamente, con su Consejo dominado por los Estados-nación y un Parlamento silenciado. Otros, aunque se oponen a los soberanistas, creen que las instituciones europeas tienen una responsabilidad real en el conflicto. Por ello es necesario construir una nueva Europa, pero esta vez con el apoyo de sus habitantes. ¿Tendremos que esperar a una nueva guerra civil para abordar ese trabajo de reconstrucción?

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



## Reencantar el mundo

El feminismo y la política  
de los comunes

**Silvia Federici**

Colección: map 60  
PVP: 20 €

Común, procomún, comunes, comunales... las denominaciones varían, pero todas ellas apuntan a formas de propiedad, uso y aprovechamiento de los recursos, la vida y el planeta que no pasan ni por la mercancía ni por el Estado. En este libro, Silvia Federici explora la noción de lo común. Nos dirige la mirada hacia la gran expropiación, todavía en curso, que supone la inacabable imposición del capitalismo. Los comunes, las formas de organización comunitaria de los ecosistemas humanos, existen desde que se formaran las primeras sociedades. Y los comunes han sido el objeto prioritario de sucesivas rondas de rapiña y cercamiento capitalista, que todavía hoy persisten sobre la tierra, el cuerpo, la vida y el conocimiento, especialmente cuando estas materias se dicen en femenino.

Federici apunta, de este modo, a un futuro posible de emancipación, de organización no patriarcal y no capitalista de la reproducción social, que pasa necesariamente por una ampliación y reinención de lo común. Como ella misma dice: «El horizonte que nos propone el actual discurso y política de los comunes no consiste en la promesa de un retorno imposible al pasado, sino en la posibilidad de recuperar el poder de decidir colectivamente nuestro destino en esta tierra». Esto es lo que ella llama reencantar el mundo.